

SEPTIMA CONFERENCIA

LA ANTROPOLOGICA TEOLOGAL I (La ética como crítica destructiva)*

“Padre nuestro [...] libéranos del Maligno”.
(*Mateo* 6, 9-13).

Las dos primeras conferencias se ocupan de una *antropología teologal*, es decir, de una reflexión teológica sobre el ser del hombre. La primera de ellas es una reflexión sobre aquella frase de Jesús que dice: “Padre Nuestro... libéranos del Maligno” (*Mt.* 6, 9-13). He traducido, “libéranos del Maligno”, ya que casi siempre decimos: “no nos dejes caer *en la tentación*”. La buena traducción es “no nos dejes caer *en el mal*”, y más aún, un como “¡aleja el Maligno!”, es decir, el demonio. En el fondo será una conferencia sobre el mal y el demonio, pero pensada desde y para América latina.

Y lo que digo con respecto a América latina es válido para lo que llamamos hoy la *periferia*, pues vale también

* Conferencia pronunciada el 17 de noviembre de 1972, en Buenos Aires. Las seis primeras fueron editadas en *Caminos de Liberación Latinoamericana I*.

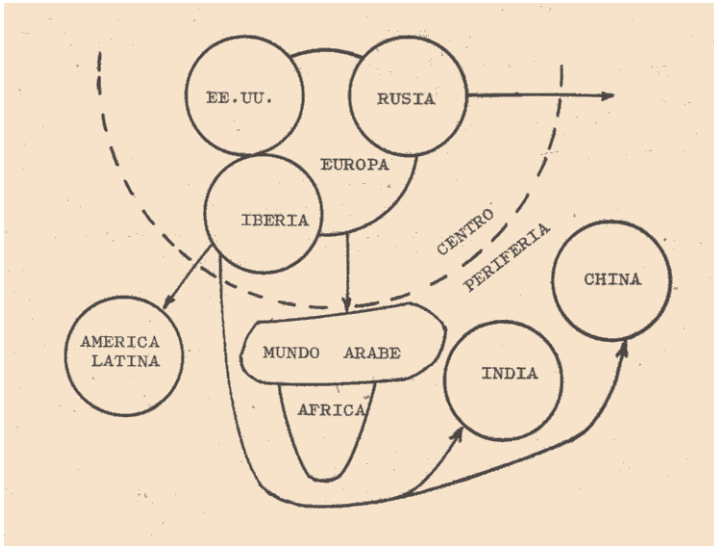
para Africa y Asia, partiendo de la misma realidad histórico mundial. El *mal* no es de ninguna manera algo privatizado, es decir, algo que cometo solo. El “príncipe de este mundo” organiza todas las cosas para su dominio. Si de alguna manera pudiera poner hoy un nombre al mal, un nombre histórico presente, lo llamaría algo así como la *pax ruso-americana*. El mal puede ser también un poder mundial en el que nos encontramos incluidos; un orden mundial donde hay una aparente justicia pacífica; donde en la paz se cumplen diversas funciones y todo esto en la seguridad, en la ley. El liberador del *maligno* deberá partir entonces de algo muy concreto.

En la segunda conferencia pensaré aquello de “murió bajo Poncio Pilato”, pues el justo muere bajo el poder del pecado, y este es un tema mayor de la teología latinoamericana contemporánea. La teología latinoamericana no parte de las teologías existentes, sino de la totalidad real y concreta que acontece. No parte tampoco de una relación de un yo solitario con otro yo individual, sino que piensa la estructura en la que el pecado del mundo condiciona nuestro pecado personal.

§ 63. *Las ecumenes del siglo XV y el origen de la dependencia*

Si nos remontamos en quinientos años, recuerden que en el año próximo 1974 vamos a conmemorar el medio milenio del nacimiento de Bartolomé de las Casas que nació en Sevilla en 1474, si nos remontamos a aquél año en que nació Bartolomé de las Casas en Sevilla, época en que se había casado Isabel de Castilla con Fernando de Aragón y se había logrado así la unidad de España, veríamos en todo el mundo, en nuestro pequeño planeta, siete grandes *ecumenes*, es decir, siete horizontes de comprensión, imperios, que se creen únicos y fuera de los cuales no hay nada sino bárbaros. Veremos después como la *ecumene* (la *ecumene* como totalidad) es una categoría teológica.

Esquema 1: Expansión dialéctico dominadora del centro sobre la periferia



Esas ecumenes son, en primer lugar la Europa *latina*, la Europa que se opone a los árabes, que por el este y por el sur le han impedido su expansión hacia el Oriente desde hacía ocho siglos. La segunda es un resto muy pequeño del mundo bizantino, la cristiandad bizantina, ya que Bizancio en 1453 ha sido tomada por los turcos. La magnífica cristiandad del Oriente ha prácticamente desaparecido en el siglo XV.

Después viene la ecumene de los reinos hindúes, donde hay también presencia budista, aunque mayoritariamente brahmánica. Después debemos considerar a la China. Por ello un Marco Polo en el siglo XIII veía a los chinos como fuera de su horizonte, como lo bárbaro. Y si nos remontamos al otro lado del Pacífico podemos ver el mundo mayo-azteca, también como centro del universo

y el mundo inca en el sur de América. Cada ecumene se cree centro del universo, por eso Cuzco (*Cozco*) significa el “ombigo del mundo”. Para los judíos el “centro del mundo” era el Monte Sión. Cada cultura se cree, por ello, “centro del mundo”, totalidad última de sentido. El centro es el lugar donde los dioses se comunican con los hombres. Viene a ser como el niño que cuando nace se comunica con la madre por el cordón umbilical. Todos estos mundos o ecumenes eran mundos *totalizados*, sin prácticamente contacto con otros mundos. Estamos en el año 1491. Pero cuando en 1492 se ha llegado a navegar por el oeste y lograr lo que Europa nunca había podido hacer antes, es decir, salir del encierro que el mundo árabe había sabido mantener, cuando Europa se lanza a la conquista del Atlántico cambia totalmente la organización geopolítica del mundo. ¿Por qué? Porque Europa, por Portugal y España, ha logrado llegar a América, conquistando otras culturas, poseyendo ahora un punto de apoyo para su desarrollo, para su desenclaustración. ¿Qué harán con los árabes? Simplemente los van a rodear.

Por el descubrimiento del Africa navegaran hasta la India. La antigua gran ruta, que era la “ruta de las Sedas”, que pasaba por el Tarim y que dominaban desde centenares de años los árabes, ahora desaparecía como innecesaria porque todos los productos de la India, de la China, del Japón, se los puede traer por mar. Los árabes entonces dejan de ser el centro del mundo. El Mediterráneo que había sido el centro del mundo desde hacía casi 5000 años, el centro geopolítico de la historia universal, deja lugar al Atlántico. Con el descubrimiento del Atlántico se desplaza ese centro. Entonces, Europa puede conquistar todo el mundo conocido y aún desconocido, y se coloca ella en el centro y los demás en la periferia. Así nace desde el siglo XV, situación que permanece en el siglo XX, todo lo que se llama el mundo colonial. Las colonias de España en América hispana y el Asia, las colonias de Portugal en Brasil, Africa y Asia, y después de Inglaterra en el Africa, y también después en la India y China ofrece un nuevo panorama. Aparece un mundo colonial. Las ecumenes que hasta el

siglo XV habían estado de igual a igual con Europa, un siglo después serán sus colonias.

De tal manera que hay como un círculo concéntrico en torno al *centro* y a una sola ecumene constituida por Europa. Es esa ecumene europea la que quiero pensar. *Ecumene* viene del griego, de *oikía* que significa *casa*. Mi casa es mi ecumene, y esa, mi casa, es mi mundo; es donde las cosas tienen sentido para mí. Si viene un extranjero o un extraño no conoce la significación de los objetos, de los cuadros o de la foto de mi abuelo; no entiende lo que es “mi casa”; en mi casa domino yo porque estoy en el centro y estoy desde siempre en ella.

Y bien, *mundo* en el Evangelio es *kósmos* y Jesús habla del “príncipe de este *mundo*”; este príncipe está en su casa. Toda ecumene tiene su príncipe y es de ese “príncipe” del que tenemos que hablar en esta conferencia.

§ 64. *La totalidad como la carne o “mi mundo”*

Ecumene sería lo mismo que decir “totalidad”; es un término técnico, sumamente abstracto. Totalidad viene, como es evidente, de *todo*; se dice: la “totalidad de sentido” de mi mundo cotidiano, porque cada cosa tiene un sentido en dicho mundo. Lo que está fuera del mundo no tiene *sentido*. Lo que está en mi mundo tiene sentido, pero puede que no lo tenga para otro. Mi mundo es una totalidad de sentido; por ello el que comprende el sentido de todo lo que allí acontece es el que está en el *centro* del mundo. El que está en la *periferia* del mundo no comprende lo que son las cosas. Quiere decir que la totalidad tiene un centro, y ese centro es en el que todo cobra sentido; en la Biblia a la totalidad se la llama la “carne”. El “pecado de la *carne*” no tiene nada que ver con el “cuerpo”, mucho menos con lo sexual o sensual. El “pecado de la *carne*” es el mal, es un mundo que se totaliza; es por ejemplo cuando una ecumene se cree única y niega a los otros; es cuando me creo que soy único y niego a los otros; en su esencia es egoísmo.

Carne en la Biblia significa entonces “totalidad”. En la *carne* y en el mundo todo queda iluminado por la luz, por la luz de “este” mundo; luz cuyo centro soy yo.

Entonces, por el descubrimiento hispánico del Mar Océano se expande el mundo europeo, y otras experiencias humanas (la maya, la azteca, la inca, la africana, la árabe, la hindú, la china) son dominadas, son destruidas.

Un ejemplo: los aztecas inmolaban hombres al dios Huitzilopotli de Tenochtitlan, porque en la quinta edad del mundo un pequeño dios se había inmolado por los otros, el sol, y el sol necesitaba de la sangre de los hombres para subsistir. Según la teología azteca de Tlaccal el dios sol necesitaba sangre humana y los aztecas debían conseguir víctimas para el dios sol, y para esto construyeron un imperio. Hay un teólogo histórico que está a la base del imperio. ¿Qué les parece a ustedes? ¿Qué es más digno: morir ante el altar del dios sol inmolado como un hombre, a morir en el fondo de una mina inmolado al dios oro y plata como una bestia de carga? Fueron inmolados muchos más indios al nuevo dios moderno europeo que al dios azteca, pero además es mucho menos humano morir en el fondo de una mina como un animal, que morir como una víctima divina en un altar aunque sea el de un falso dios.

Ya el primer obispo de Potosí, de La Plata, veía y censuraba con sentido teológico que se inmolaran hombres al dios oro. ¿Por qué al dios oro? Porque el español lo que ansiaba y quería frecuentemente era enriquecerse. Ese español que era en España un pobre, un secundón, al que su señor o “señorito” lo estaba constantemente dominando, viene como conquistador a América y quiere ser aquí “el señor”, y enriquecerse y volver con esos ahorros a España y poder decir: “Me he enriquecido”, que es lo que después se va a llamar “hacerse la América”. Es un “hacerse la América” lograda con la sangre de los indios. Ese obispo veía, como Bartolomé de las Casas, el nuevo proyecto humano de totalización mundial: el proyecto de Europa decidida a tener riquezas

procedentes del extranjero; esas riquezas debían fluir hacia el *centro*. Así surge el deseo de aventuras por el oro y plata, y España es la primera que empieza con esos anhelos de riquezas y gloria. En Sevilla hay una torre que hoy todavía se llama “la torre del oro”, donde se depositaba el oro y la plata de América, y que poco a poco se distribuía en España hasta que por último seguía camino a Europa para comprarse con ella productos manufacturados, terminando su viaje en los Países Bajos, o en los bancos de Londres; o también seguía por la vía Mediterránea hasta Venecia, Génova y de ahí hasta el mundo árabe, para terminar por último en la China. Los chinos vendían seda y especias y compraban oro para construir sus templos. Mucho más digno es que termine el oro como ornamento de un templo y no en un banco, y sobre todo, porque al menos eso había sido comprado por productos de la industria artesanal china, mientras que el oro y la plata que procedía de América habían sido robados junto a la sangre de los indios; pero esto no es lo peor. Lo peor es que esa *luz* que ilumina el sentido de todo lo que acontece en el mundo es a su vez considerada como eterna, como sagrada, vale decir, el cristiano latino considera que su cultura, que es la cristiandad, es sagrada, porque “Dios está con ellos”. El cristiano que venía a sacarle a los chibchas su oro, no era simplemente un español ansioso y ávido de riquezas, sino que aparecía a los ojos de los indios como un cristiano. Se trata, exactamente de la *sacralización* de una ecumene que en su fundamento tiene como finalidad el “estar-en-la-riqueza”.

Entre el hombre feudal cuya finalidad era “estar-en-el-honor” y el hombre de la Iglesia cuya finalidad estaba en el “estar-en-la-santidad” surge un *tercer hombre* en el siglo IX, que no era ni feudal y ni eclesial y que vivía como un paria en la ciudad, y por ello se le llama *burgalés, burgués*. En esta ciudad, trabajando de sus manos en distintas artesanías, y por el ahorro, comienza a construir una nueva cultura. Ese hombre burgués se impone en Francia en 1789 por la “Revolución francesa” y va a reemplazar al hombre feudal, al noble y a la monarquía. Así triunfa el nuevo humanismo burgués; ese hu-

manismo burgués recibe ya en el siglo XVI un gran apoyo hispánico, porque desde América se pueden transferir a Europa grandes riquezas, en cantidades formidables, mientras que antes era muy poca la acumulación de capital que podía producirse en la cristiandad latina.

Más allá de esa *ecumene* latina, del *centro*, estaban en la oscuridad de lo remoto las otras ecumenes tales como el mundo hindú, chino, africano; era como algo lejano, en la noche, lejos de la luz europea; como lo profano, como lo bárbaro que hay que civilizar; acuérdense ustedes del texto del *Facundo* de Sarmiento, en aquello de “civilización y barbarie”. Todos los pueblos del *centro* creen que ellos son los “civilizados” y que todos los demás son los “bárbaros”; ellos aparecen para dar el don de la civilización y van a educar a los otros pueblos incultos. Ellos creen regalar el don más grande, pero, en el fondo, los van a oprimir porque le van a introyectar su cultura y van a negarles lo que tienen de Otro. El indio era Otro que el español y el europeo; el chino y el hindú eran otros que el inglés y ese Otro va a ser negado, alienado, aniquilado.

§ 65. *Expansión dominadora de Europa*

La expansión europea del siglo XVI no es un ingenuo hecho geopolítico, sino que es también un hecho ético esencial para el cristiano, porque va a haber una profunda injusticia dentro de esa expansión. Cuando el oro y la plata se extraiga de América y vaya afluyendo al centro en cantidades de cinco veces más de oro y diez veces más de plata de lo que en Europa había (quiere esto indicar que hubo una fantástica inflación del oro y la plata en el Mediterráneo), muchos se empobrecen en un siglo, ya que si tenía antes diez monedas de plata, después de un siglo no valen más que una. El árabe, sin perder nada en un siglo, se empobreció porque fue tal la cantidad de oro y plata que llegó al Mediterráneo y su valor decayó en tal grado que su decadencia se dejó ya ver en Lepanto, que es el comienzo de la desaparición de los turcos, no

porque sean menos valientes sino porque el oro y la plata ya hace años que viene inundando a Europa y ya empiezan a empobrecerse. Para comprar un velero, o para pagar un obrero le tienen que pagar el doble; los turcos ya no tienen oro ni plata, mientras que los españoles y poco a poco los genoveses y los venecianos pueden pagar en constante y sonante y conquistan el Mediterráneo porque han conquistado antes el Atlántico que es el nuevo centro. El “Nordatlántico” va a ser el centro del mundo hasta hoy, es el centro actual. En ese Nordatlántico están Rusia, Estados Unidos y Europa (al cual podría sumarse Japón y Canadá); este es el *centro* y todo lo demás la *periferia*.

Samir Amin, un economista africano, que no es cristiano, pero tampoco es liberal ni marxista, tiene un libro muy interesante: *La acumulación en el nivel mundial*. El problema de la acumulación de capital es para los cristianos de importancia, porque responde a la pregunta: ¿cómo alguien puede llegar a ser rico? Pareciera que se debe tener un cierto capital inicial porque si no se lo tiene ¿cómo se lo puede reproducir? El aunque pequeño capital inicial ¿de donde proviene? Samir Amin, que aunque africano es ya discípulo de los economistas latinoamericanos de la dependencia, muestra como la acumulación mundial se produjo en el *centro* por la exproleación de las colonias. A las colonias se le robaban mercancías que después se multiplicaban en el centro; se robaba el oro y la plata al indio y se lo exportaba al *centro*, se lo llevaba a España. Este sistema de importaciones del centro era una parte del intercambio. España en su lugar vendía aceites, vino, productos que aquí se podían producir. Pero además el intercambio era desigual; se llevaban de América diez partes y devolvían una parte. Esta injusticia es un pecado. Un español que en Perú, en Potosí o en el norte de Argentina trabajaba y sacaba oro y se lo llevaba a España, cumplía un robo; era un pecado; el español minero se tendría que haber confesado de su pecado mortal, pero ya nadie tenía conciencia moral de todo este proceso que se estaba cumpliendo ante sus ojos. Este conquistador o encomendero que lícitamente había sacado oro y sí lo llevaba a España, y era feliz con

su oro, no por ello era menor la expoleación de las colonias, robo de las mercancías que iban hacia el *centro*. Esta expoleación empieza cuando Colón llega a las primeras islas y ve que no hay oro; aprisiona a algunos indios y se los lleva de esclavos. Un obispo de Mechoacán en Méjico dice que “el oro y la plata que va a esos reinos va conseguida con la sangre de los indios y envuelto en sus cueros”. Este obispo se da cuenta que ese oro está manchado, y ¿cómo no va a estar manchado con la sangre de los indios? Pero aún después se manchará con la sangre africana. En Londres, en Burdeos, partían hacia Africa hábiles negreros que engañaban a los pobres africanos; los vendían en Cartagena o en el Caribe por el oro y la plata de los indios; con eso ya podían comprar mercancías; repletas las bodegas volvían a Europa.

Esa acumulación originaria que se deposita en los primeros bancos es la que permitirá la revolución industrial. Las primeras inversiones capitalistas se utilizan en productos de lujo como el jabón, el perfume, los tejidos, ya que rápidamente reproduce el capital, porque se venden mucho más caros; una inversión de diez pesos oro a los pocos meses daba otro tanto y así el capital se multiplicaba.

Los piratas ingleses, holandeses, franceses venían a nuestras ciudades latinoamericanas a robar. ¿Qué es un pirata? Inglaterra igual que Portugal y Holanda eran pueblos pobres que no tenían colonias. ¿Cómo hacer para poder iniciar la acumulación del capital? Pues robar. El origen de la acumulación del capital metropolitano, el de *centro*, no sólo ha sido robo sino también asesinato. Este es el pecado originario de la Edad moderna europea. Hoy en la Bolsa de Nueva York, en escala internacional, se venden y se compran acciones de las compañías de todas las partes del mundo; ese capital se acumuló en Europa e Inglaterra; después pasó a Estados Unidos y Rusia. Ese dinero está manchado por la sangre de los indios y envuelto en el cuero de los negros y de los asiáticos. La “guerra del opio” que hizo Inglaterra a China, para que los chinos consumieran opio (porque eran tan morales

que no querían consumir opio), para que prosperara el negocio inglés, esa guerra, es una de las tantas otras inmoralidades se han cometido en nombre del anglicanismo, es decir, del cristianismo inglés.

La conquista de América es opresión. La dominación del hombre por el hombre es el único pecado que el hombre puede cometer. Es la expansión del dominio y la instauración del odio. Es como el levita o el sacerdote que pasando junto al tirado en el camino de la parábola del samaritano en vez de ayudarlo tornan la cabeza y apresuran el paso. En vez de ser el servidor del Otro, se conquista dominadoramente al Otro. La conquista es la aniquilación del Otro como otro; es la instauración del imperio. Imperar es dominar a otro. Entonces, el español, el inglés, el holandés van a constituir un mundo de hombres dominados bajo su imperio despótico y opresor. Bartolomé de las Casas decía que cuando no han matado a los indios, los han oprimido dominándolos con “*la más dura, horrible y áspera servidumbre*”. La dominación del otro es un reducirlo a ser un siervo; es justamente la construcción de una prisión donde alguien impera sobre otro.

Y “murió bajo Poncio Pilato” dice el símbolo de los apóstoles. Es fácil leerlo en el *Credo* y decir “murió bajo Poncio Pilato”. Pero ¿quién es Pilato hoy? Yo estoy contando la vida de Poncio Pilato. Si no se quién mató a Jesús y por qué murió, no soy cristiano. Pero lo que me toca ahora en esta conferencia no es tanto explicar cómo murió bajo Poncio Pilato, sino por qué Poncio Pilato es el *Maligno* del cual hay que liberarse. “Libéranos del mal” es el tema. El orden mundial que del siglo XVI al XX culmina en la coexistencia pacífica ruso-americana, ese es el tema. ¿Por qué? Porque después de ciertas oposiciones entre norteamericanos y rusos han logrado ahora la “coexistencia pacífica”; ya no hay más problemas entre ellos. Hay otros problemas mundiales, hoy, en 1972. La *pax ruso-americana* significa la alianza del *centro*. Todavía luchará durante un tiempo Europa contra Estados Unidos. Los europeos producen el *Con-*

cord, ese avión fantástico, los europeos les venden la *Volkswagen* que puede hundir a la Ford. Pero todo se arreglará. El Japón o Canadá son también partes de ese centro. Pero, esta lucha entre ellos es pacífica; ellos no se tiran balas, no se matan, sino que matan a las gentes que están en la *periferia*; las guerras han sido exportadas a otras partes, entre los “bárbaros”.

Después de la última guerra mundial, que fue la guerra en la que Alemania, Italia y Japón quisieron entrar al *centro*, porque eran países industriales que no se les permitía entrar a dicho centro (por ello emprendieron una guerra), y vencieron por medio de los Estados Unidos, y lograron entrar al *centro* (observen bien “el milagro alemán”, “el milagro japonés” y el desarrollo italiano). Después de esa guerra (desde 1945) el centro se cierra sobre sí mismo, y ya nadie más avanza, porque si todos los pueblos subdesarrollados entraran se les acabaría a ellos el nivel de vida que tienen. Quiere decir que hoy hay un *orden* mundial, una coexistencia pacífica, pero dominada por el centro sobre la periferia, y, lo peor de ese *orden*, es que ha sido divinizado. Por ejemplo, Hitler decía: “Dios está con nosotros” (*Gott ist mit uns*). Hitler se arrogaba ser Dios. Y, como se lee en el billete de un dólar: “Nuestra confianza está en Dios”. Todos se arrojan y se afirman en el nombre de Dios. Entre nosotros hay gente todavía que defienden la “civilización occidental y cristiana”. Ellos se arrojan también ser los defensores de Dios; significa entonces que ellos se creen los defensores de Cristo; son como un sacramento porque se diviniza la mediación, la institución que el dominador ha organizado para que el *orden* no sea tocado. Por ello hay que proclamar que “Dios está con nosotros”, y el que está contra ese *orden* de dominación está contra Dios. Esa es la manera como operaron los romanos. El imperio romano y el emperador eran divinos. Poncio Pilato era entonces el mandatario de Dios en Palestina y también los sacerdotes del Sanedrín, aunque de manera diversa; ambos eran los delegados de Dios. Cuando Jesús dijo que era Dios cundió el espanto general. El Imperio o Pilato exclamaron: Si tú eres Dios, entonces, ¿yo no lo

soy? Y el Sanedrín se escandalizó: Si tú eres Dios y nosotros que somos sus mandatarios no te conocemos, significa que mientes. Mataron a Jesús por haber blasfemado, porque ellos se creían Dios o mandatarios de Dios. Se había divinizado el *orden*. Es sólo aquí que comienza la reflexión teológica o de la fe, y en este sentido como reflexión de la fe es teología. Si no estoy bien situado en la realidad toda la reflexión queda “en el aire”, no vale nada. Me espanto cuando escucho esas predicaciones espiritualizantes que nos hablan del pecado “en el aire”, y que permiten que el pecador se crea inocente, más aún interpretan como pecador al pobre inocente. ¡Hasta qué punto se puede desencarnar las cosas al invertirlas!

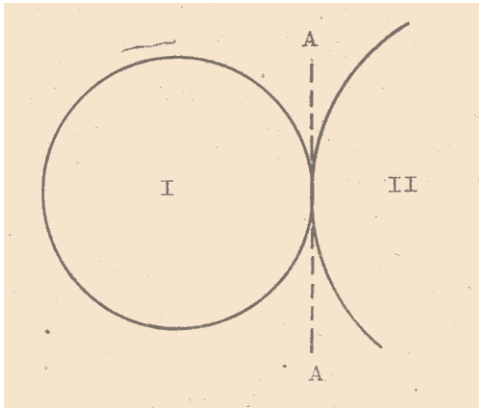
§ 66. *Los profetas contra el ídolo. El ateísmo de Jesús*

La reflexión teológica que voy a proponerles es absolutamente *tradicional*; está inserta en lo más antiguo de la tradición judía y cristiana, en el Nuevo Testamento y en toda la historia de la teología. Esta parte va a ser crítica y negativa, porque lo que quiero reflexionar ahora es sobre *el Maligno*. En la segunda conferencia vamos a ver como procede el Maligno y por qué mata a los justos; la muerte es el fruto del pecado.

Este método crítico, en su momento negativo, comienza como el de los profetas de Israel, que tenían un verdadero método en su manera de predicar la visión liberadora que Dios les revelaba acerca del sentido de los acontecimientos.

Ellos siempre proponían un ámbito. Este ámbito es la totalidad del mundo, es la *carne*; cuando se diviniza se cree única, y cuando se cree única es cuando se constituye en ídolo. Al divinizarse se cree *Dios*, pero es solo un *dios* con minúscula. Los profetas, para poder predicar al “Dios-otro” que todo sistema y orden posible, porque Dios es el Otro absoluto ya que es escatológico y por ello nunca se nos entrega en la historia del todo sino al fin de la historia, y bien, los profetas para poder

Esquema 2: Las Categorías Esenciales



I: Totalidad, *carne*. II: El Otro
A: Cara-a-cara.

afirmar al Dios creador tenían que habérselas primero con otros dioses, creados por los hombres. Por ello que dice el salmo: “Sus ídolos no son más que oro y plata”; no sin causa dice el texto: “oro y plata”; “son obras de las manos de los hombres, tienen ojos y no ven, orejas y no sienten, manos y no palpan, pies y no caminan”. Esos son los sistemas que el hombre hace, que el hombre adora; son sus leyes, sus constituciones, sus organizaciones económicas y culturales. Todo esto es obra del hombre, pero a su vez eso se dice que es *dios*, o por lo menos se dice que “Dios está con nosotros y nos ha bendecido”. ¡Cuidado!, a veces un hombre de Iglesia, puede ser un obispo, sacerdote o un laico, puede estar consagrando con su presencia cristiana un orden que es injusto. ¡Pobre el día del Juicio! Ya Dante puso muchos en el infierno en la *Divina Comedia*. Elías; cuando se dirige a los adoradores de Baal, le dice: “Griten más fuerte, ya que si es cierto que Baal es *dios* debe estar ocupado, debe andar de viaje o tal vez esté durmiendo o tendría que despertarse”. El profeta se ríe irónicamente de estos dioses. ¡Cuidado!, si lo hacemos nosotros, hoy, podremos

también reírnos como el profeta, pero entonces tendremos después que morir como Jesús. Si tomamos a estos dioses como dioses vamos a vivir cómodamente, pero algún día nos vamos a dar cuenta que habíamos adorado al ídolo y no a Dios, a Jesús.

Quiere decir entonces que para poder afirmar, predicar a Dios hay que negar al ídolo, y negar al ídolo que se dice Dios es un *ateísmo*, “con minúscula”. Los profetas eran *ateos* de los dioses falsos, también lo eran los cristianos. Los cristianos, que no adoraban al emperador romano, al Estado, ni a ningún otro ídolo o *dios* falso, eran llevados al circo por *ateos* y morían por ateos. Sólo si soy ateo de ese *dios* puedo afirmar al *Dios* creador; si niego al Dios creador, entonces me divinizo. No hay tres, hay sólo dos posibilidades. El ateísmo no es el error ni la cuestión; la cuestión es decir de cual Dios soy ateo. El Ateísmo injusto e inhumanizante es el ateísmo del “*Dios-otro*”, ahora con mayúscula. El ateísmo del ídolo es con minúscula. Solamente se puede amar a Dios creador si se es ateo del dios falso, del ídolo. El ateísmo entonces no es el problema.

Meditemos este texto que no es de un teólogo, pero un teólogo católico no puede proponer mejor la cuestión: “La crítica del cielo se torna así en la crítica de la tierra; la crítica de la religión en crítica del derecho; la crítica de la teología en crítica de la política”. Alguien dirá: “¡Qué hombre más irreligioso es éste!”. Si del sistema se puede hacer un *dios*, también se puede hacer una religión del sistema. Cuando los romanos adoraban al emperador cumplían con una religión y adoraban a sus dioses. Entonces, si digo que la crítica del cielo es la crítica de la tierra es una propuesta perfectamente profética. Si no critico la religión del emperador no puedo ver las injusticias que se cometen en el Imperio, en la tierra. La crítica de la religión es crítica de la tierra y la crítica de la teología es crítica política, porque en la política está el pecado, que es la dominación del hombre sobre el hombre, y hay una teología cultural que la justifica, que hace que el hombre dominador se haga dios.

Nosotros los cristianos nos hemos razgado las vestiduras porque algunos pensadores han dicho: “Soy ateo”. Pero, hay que preguntarles de inmediato: “¿De qué Dios?”, porque también Jesús y los profetas eran ateos de los dioses falsos: “Dad al César lo del César y a Dios lo de Dios”; es decir, Jesús es ateo del César. Jesús comenzó a criticar la religión romana y la del templo para poder abrir una nueva religación con el “Dios-otro” que era El mismo. Es decir, hay dos religiones: la del ídolo y la del Dios creador de Israel que salva. Por ello, el texto del autor citado, que es un economista, se transforma de pronto en un texto teológico y lo que dice es exactamente ortodoxo: “La acumulación originaria viene a desempeñar en economía política el mismo papel que desempeña en teología el pecado originario”. Esto, significa que si acumula un capital, el que simplemente un capitalista le robó a los indios o africanos; pero la cuestión es más grave aún. Es que el *centro* al robar a los indios y matar a los negros, produce dicha acumulación. La muerte de alguien, injusticia originaria, es el origen de la acumulación. Exactamente, hace cinco siglos, fue el deseo de oro y plata, “los ídolos no son más que oro y plata” como dicen los profetas, lo que movió al pecado que es la dominación del hombre. Lo que descubrimos en esa acumulación es el comienzo de la dominación mundial. Y dice todavía este autor que “en el verdadero período manufacturero sucedía que la primacía comercial daba el predominio a la industria. De aquí el papel predominante que en aquéllos tiempos desempeñaba el sistema colonial. Era *un dios extranjero. ...*”.

Saben que el autor de estas líneas era hijo de un judío y él mismo judío y, es evidente, estaba penetrado de profetismo sin saberlo; es en esto un judeo-cristiano sin saberlo. Acerca de ese dinero del período manufacturero exclama: “Es un dios extranjero que venía a entronizarse en el altar junto a los viejos ídolos de Europa que un buen día los echaría a todos a rodar de un empellón”. Es decir, ese dinero que venía de las colonias iba a ser mucho más poderoso que los otros pequeños dioses del panteón.

La cuestión debe entonces plantearse así: está muy bien ser ateo del ídolo. Pero si uno no está suficientemente advertido puede cometer un error que es el siguiente, y que cometió quizá inevitablemente Marx: es verdad que tengo que negar el ídolo, pero si no afirmo al “Dios-otro” puedo caer en la tentación de proponer un sistema futuro sin contradicciones, perfecto. Si divinizo dicho sistema, permito la dominación de sus burocracias sin posibilidad de crítica. Eso es lo que ha pasado en Rusia.

Marx no es heterodoxo por ser ateo (del ídolo, que es el dinero). Pero es heterodoxo porque no es suficientemente ateo, porque al no afirmar al “Dios-otro” que todo sistema no tiene un punto de apoyo exterior y crítico radical. El cristianismo es ateo de todo ídolo, en eso estamos con Marx; pero es más crítico que Marx porque, al afirmar al “Dios-otro” que todo orden histórico o sistema, es *crítico* de todo sistema *posible*, hasta los tiempos escatológicos, hasta el fin*.

Aunque la gente lo tiene a Marx por inteligente, y lo es, no sabe que Jesús es aún más inteligente, no se sabe que irá mucho más allá que Marx, porque su método es más crítico.

§ 67. *El pecado como totalización del sistema*

Y bien, el pecado, el único pecado, todos los pecados tienen razón de totalización, es decir, pecado es un todo cuando se totaliza y se cree único y por lo tanto se cree divino y niega al Otro y cree que ese orden es el Reino de los Cielos. El que diga: “Estoy en el Reino”, en verdad está en el pecado. El que sabe y cree que el Reino *está* pero *viene*, es el único que tiene *disponibilidad, apertura* y puede recibir a Jesús en la Parusía. El que ya cree *tenerlo* “en el bolsillo” y lo predica como suyo, cuando venga Jesús le dirá: “No te conozco”. Nadie *tiene*

* Sobre este tema véase mi obra: *Método para una filosofía de la liberación, apéndice*. Ed. Sígueme, Salamanca 1974.

a Jesús “en el bolsillo”; ninguno está ya en el Todo eterno, sino que estamos con un pie dentro y otro fuera, de tal manera que hay un *ya*, pero también un *no-todavía*. Y ese *no-todavía* es lo fundamental porque es el verdadero Reino que *viene* después. Quiere decir entonces que, paradójicamente, el pecado es totalizar y totalizar es crear un ídolo y éste es el mal, el único mal.

Ese mal originario es justo el que se describe en los cuatro relatos simbólicos de los once primeros capítulos del *Génesis*. El relato simbólico es un mito, en el sentido de que el mito es un relato de una realidad que se expresa racionalmente con ropaje simbólico, válido para todos los hombres y todas las épocas. Esos mitos son, en un sentido, un mensaje que Dios da a los hombres, válido para todas las épocas, no solamente para el hombre primitivo, sino también para el hombre que llega a la luna y que trabaja con una IBM.

Esos mitos son, el primero y más concreto el de Caín y Abel; el segundo y más abstracto el de Adán; el tercero y cuarto, más secundarios, los de Noé y Babel, en los cuales se abordan diferentes cuestiones acerca del mal.

El primer mito de entre ellos, el de Caín y Abel, enseña lo siguiente. Estaba Caín en su *mundo*; estaba Abel en el suyo. Y Caín mató a Abel. Caín era un ciudadano, urbano, mientras que Abel era pastor; el pastor está con las cosas como quien camina como extranjero; mientras que el urbano se asienta como poseedor de toda la tierra. Había entonces toda una puja entre el profetismo que es nómada como Abraham, y los canaaneos que han influido a los judíos, haciéndolos vivir en las ciudades y adorar a los baales, los ídolos. Hay todo un problema de pobreza y riqueza. El hombre sedentario, el que posee, es el hombre de las ciudades, es Caín; en cambio, el pobre pastor que está sobre el cosmos como un libre, es Abel. Esta última es la actitud que tendríamos que tener nosotros siempre, es la de los profetas. El libre puede adorar a Dios.

Caín mató a Abel; mató a un hermano, al Otro. Al matar al Otro cometió un fratricidio. Todo fratricidio es un teocidio desde la Encarnación. El teocidio es muy actual en el pensamiento europeo; se trata de “la muerte de Dios”. Nietzsche dice: “Dios ha muerto”. Paradójicamente, como gran genio que era, exclama: “Nuestras manos están manchadas con la sangre de Dios”. Efectivamente, matar al hermano es matar la epifanía de Dios; no es que Dios muera, pero es como si Dios desapareciera, porque Abel, el “Santo Abel” como lo llama Jesús, es el pobre en el sentido que se le da en “bienaventurados *los pobres*”. Abel es la epifanía del Otro absoluto, de Dios. En el pensamiento bíblico hay entonces dos categorías fundamentales: una es la totalidad o la *carne* y la otra, esencial para comprender toda la Biblia, es el Otro que no es solamente Dios sino que también es el Otro hermano junto a nosotros. Jesús una vez pregunta: “¿Quién está en la proximidad?”. El Nuevo Testamento traduce habitualmente: “¿Quién es el prójimo?”. Jesús responde contando una parábola. No crean que Jesús era un hombre simple o ignorante, un moralista para el vulgo. Jesús era un teólogo hebreo que *tenía un método*, el de los profetas, y ese método teológico lo usaba con precisa perfección.

Jesús es un teólogo, la teología que se inventó en Occidente después ya no era según el método hebreo. Cuando le preguntan a Jesús quién es el hombre perfecto y quién es el pobre, El les enseña la parábola del samaritano. La parábola dice lo siguiente: Había un hombre tirado en el camino, el Otro, el pobre; había sido asaltado. Pasó junto al Otro un levita, pero como estaba tan totalizado en sus cosas, nada vio. Estaba totalizado, su *carne* se había cerrado, estaba en el pecado. Pasa después un sacerdote y está tan absorbido en sus preocupaciones que tampoco ve al pobre. Pasa por último un samaritano, que es lo más despreciable para un judío; el samaritano es también *carne*, totalidad, pero aunque va sobre su burrito, con sus cosas y su dinero, está *abierto*, y al pasar junto al tirado, es capaz de establecer *la experiencia originaria* del judeo-cristianismo, el *cara-a-cara*. Por ello acepta que ese tirado es

el Otro, que es digno de *servicio*. Cumple así con la experiencia original de toda, la existencia cristiana, desde el origen hasta el fin de la historia y hasta en el Reino de los Cielos. En el Reino no habrá visión teórica sino un *cara-a-cara* que es algo mucho más profundo. Aquí nos enfrentamos a una de las grandes deformaciones del pensamiento cristiano, un no saber ya la significación de la experiencia del *cara-a-cara*, como cuando uno está frente a alguien que ama. Es la mayor de las riquezas, bellezas, alegrías, felicidades el estar junto a ella, a él, cara-a-cara. “Estaba Moisés cara-a-cara ante Dios”, junto a; en hebreo cuando se reduplica la palabra significa lo máximo; “en los siglos de los siglos” es la eternidad.

El cara-a-cara es la *proximidad*; “estaba Moisés boca-a-boca con Dios” y en el *Cantar de los Cantares* exclamaba la amada: “que me bese con el beso de su boca”. Cara-a-cara, boca-a-boca, es la experiencia fundamental por la que yo respeto al Otro como otro, amo al Otro como otro; es el *ágape*. La caridad no es meramente la amistad entre los hermanos, porque sería un *nosotros* totalizado, una casita muy cerrada. No sería la caridad, el amor al Otro como otro, como dice San Juan: “El amó *primero*”. El que ama *primero* no tiene todavía amistad, porque el amar al Otro como otro es anterior a que él me ame; la amistad es la mutua benevolencia, y por ello podemos encerrarnos en el *nosotros*. Amar al Otro sin que me ame, no es *mutua* benevolencia sino simple benevolencia por él, por el Otro, aunque no responda no importa, pero lo amo por él mismo y sólo esto posibilitará que me ame algún día, es decir, es el origen mismo de la amistad. La caridad no es la simple fraternidad, sino que es más que fraternidad, es amor gratuito. ¿Cómo habría de amar el padre y la madre al hijo? El hijo antes de la procreación todavía no existe. El padre y la madre lo aman *antes* y por eso lo procrean; la procreación es un acto análogo a la creación, acto propio de Dios. Dios nos crea al origen sin que le podamos amar todavía. El tiene por nosotros la posición del “cara-a-cara”, en el sentido del amor al Otro como otro, y no sólo como *uno de los nuestros*, esto puede aún ser un egoísmo entre muchos,

pero no es la caridad. El amor al Otro como otro es la caridad, el *ágape*, categoría revelada exclusiva del judeo-cristianismo, invención absolutamente revolucionaria en la historia mundial.

Y bien, Caín estaba cara-a-cara ante Abel, y lo mató. Cumplió el acto contrario del samaritano. El samaritano lo *servió* y esta palabra “servicio” es una palabra técnica en hebreo. Caín mató a Abel. Caín se quedó solo, porque al matar al Otro ¿quién podía ahora revelarle la *Palabra* de Dios?; en nuestra vida nos llega la Palabra de Dios *exclusivamente* por el Otro. Si me dicen que la Palabra de Dios están en la Biblia y en la Liturgia lo creo, pero aquí digo sólo que nos toca en realidad. a nosotros cuando nos interpela un pobre.* Porque puedo leer en la Biblia muy bonitos textos desde mi totalización pecadora y me voy divinizando a medida que más falsamente la leo. Pero de pronto, cuando alguien irrumpe en mi mundo y dice: “Yo tengo derechos que no son los tuyos”, me desquicia, me desconcierta, me provoca, me exige ir más allá que mí mismo. Lo que me hace ir *más allá*, es el “servicio”. Ese servicio es el que practica el “Servidor de Yahveh” como Jesús. Entonces, si mato a Abel me quedo sólo, soy Único, y si soy único soy dios. Es un fracticidio y panteísmo. Es panteísmo porque me divinizo como lo Único. Ya la vez es un aparente teocidio del Dios Creador. Este *es* el pecado de Adán. Pero la formulación racional y mítica de Caín y Abel es más simple; el de Adán es más complejo.

§ 68. *El pecado de Adán*

El pecado de Adán es el ya explicado. Adán estaba en el paraíso de la inocencia y comió del “árbol de la vida”. Esto de querer comer “la Vida” (la vida es la vida del Todo, la vida divina, es la vida de los dioses; es como si uno quisiera poseer el fuego prometeico de los dioses que no quisieron dar a los hombres) es querer ser Dios.

* La Iglesia también nos interpela como el Otro.

Querer comer del árbol de la vida es el pecado de la idolatría y del panteísmo y ni siquiera del de soberbia, que es secundario. Adán, el hombre como tal, no *Adán Pérez* ni *Adán González* porque todos somos “el hombre” cuando queremos comer del árbol de la vida, quiere ser Dios pero para poder ser Dios hay que ser el Único. Quiere decir que se debe matar al Otro por medio de la injusticia. Por esto es que dicen los profetas: “No hay Dios, ya no hay quien haga justicia”. Es que solamente puedo negar a Dios cuando ya he matado al hermano, y para garantizarme en la seguridad de la conciencia aún religiosa de que la muerte del hermano no me sea reprochada tengo que afirmarme como dios. De tal manera que siendo todo divino también la injusticia es un hecho *natural*. Aquí en América latina muchos dicen que los pobres son pobres porque son vagos, porque no trabajan. Este juicio es un pecado originario, porque no se dan cuenta que ese pobre hombre no es vago porque quiere sino porque es víctima de un sistema donde él que así juzga es usufructuario de sus beneficios. Este argumento cotidiano burgués *tapa* el hecho de la injusticia histórica y humana; y al hacer esto instituye como de origen divino la injusticia, en el sentido de que es un *hecho natural* con el que yo no tengo nada que ver. De esta manera Pilato se “lava las manos”. El *príncipe de este mundo* pasa por ser la ley natural, y por esto un gran pensador judío contemporáneo, un filósofo, nos dice: “La guerra viene a ser el modo natural del ejercicio de la razón”. Cometo una injusticia contra otro hombre pero la ley me protege y digo entonces que ello es natural. Cometo una injusticia contra otro hombre y, como decía Heráclito que no era nada oscuro: “La guerra es el origen de todo”; si la guerra es el origen de todo quiere decir que la injusticia es natural. Justamente esto es lo que quiere negar el mito del pecado de Adán. Adán peca; la Biblia nos dice que es por su libertad. Quiere decir que *el mal no es divino*, sino que el mal es humano y al inocular a Dios del pecado hace al hombre la causa de todo pecado. Es decir, la causa es la libertad y el príncipe de este mundo, ustedes me dirán: el demonio. Efec-

tivamente. Yo tenía un profesor de exégesis que, confesaba que “él no podía probar que existiera el demonio pero creía en él”. Pero lo *esencial* es que el hombre es también el *príncipe de este mundo*. Es decir, sería falso pensar que sólo hay un demonio substancial, un angelito por ahí, de color negro, al cual le echamos sobre sus espaldas todos los pecados, de tal manera que se lo lleva con él y quedamos todos tan tranquilos inocentados del pecado.

Entonces, después, él es el que nos viene a tentar. Pero, no vaya a ser que sean también los hombres, digo bien *también* los hombres, los que son el “príncipe de este mundo”. Cuando en el mercado internacional viene un hombre y dice: “Yo quiero que mi acción en vez de darme el 3 % anual me de el 5 %”. Y entonces el gerente de la firma dice: “Lo que hay que hacer con estas acciones es ponerlas en tal fábrica de armas porque dan más porcentaje”. Al año siguiente puede orgulloso responder: “He aquí vuestra acción, dio el 5 %”. “Bravo gerente”, responderá el accionista. Pero...esas acciones fueron invertidas en una fábrica de armas que mataron hombres; esto no importa a los “príncipes de este mundo” que por beneficios económicos matan a los hombres. Son Caínes que matan a Abel; es Adán que come del árbol de la vida y se transforma en dios, porque es Único y no hay Otro ante él. Es lo que Dios dice a Noé, que habiendo el hombre cometido el mal, lo va a destruir. Noé flota con la barca de la fe y todos los hombres fueron destruidos. Esto nos enseña que el ídolo reinará por un tiempo, pero luego va a ser destruido y la destrucción de la Bestia del *Apocalipsis* va a ser como la de Sodoma y Gomorra. Todos los *sistemas* de pecado van a quedar en la historia; muertos; porque los muertos se entierran con los muertos, y los que se juegan por el *sistema* pierden la vida en el sistema. “Pero tú, sígueme” para *servir* a Abel en vez de matarlo, porque el pecado divide las lenguas de Babel, mientras que el que sigue al pobre se entiende perfectamente y converge. Es como el ecumenismo latinoamericano, de protestantes y católicos que luchan por los pobres, convergen en la liberación, un ecumenismo muy distinto al de los teólogos del viejo mundo.

Y bien, esto es lo que significa entonces el *Maligno*. El *Maligno* es la *totalización de un sistema* que niega el pobre; se negó al indio, al africano y al asiático y después todavía dentro de estos sistemas se van a negar a los pobres, a los agricultores, a los obreros. Eso es el *Maligno*, eso es, lo veremos, Poncio Pilato; no nos olvidemos que Poncio Pilato era delegado del Imperio. En la noción de Imperio se incluye justamente la alienación del hombre dependiente. La noción y palabra “alienación”, que es cristiana como cuando se dice que Jesús que “era de condición divina *se humilló* a sí mismo” (Flp. 2, 5), esa palabra de los *Filipenses*, cristológica, es la que se usa hoy en la traducción castellana: alienación. Alienar al otro significa que el indio con su mundo, sus cosas y costumbres se transformó en mano de obra a disposición del español; el negro, que tenía su mundo, se lo alienó, se lo vendió, y se lo hizo esclavo. Eso es alienar; alienar es matar al otro; es matar a Abel. Se lo hace algo dependiente a “disposición-de”; se lo hace *cosa*. El indio vale en cuanto *cosa* instrumentada para el europeo, hombre del centro. Ese orden mundial se fija y hasta pretende ahora ser eterno, natural y además divino. Esa fijación del orden vigente es el Mal. Es mala la conquista pero peor todavía es esa pretensión de eternidad que tiene el orden establecido; por esto se plantea la cuestión de la herencia. Ustedes saben que el sistema de la encomiendas fueron criticadas. Por ello el rey de España, Carlos, en las *Leyes Nuevas* de 1542 propuso que las encomiendas no fueran hereditarias, con lo cual los indios recuperarían su libertad en una generación. Pero hubo oposiciones en Méjico, en América Central, en Nueva Granada, en Lima, y en todas partes y las *Leyes Nuevas* desaparecieron. La encomienda continuó siendo heredada por la oligarquía colonial. Quiere decir que si es injusta la conquista o la muerte del Otro, más injusta es la eternización del sistema que son las *instituciones* que hacen perdurar el pecado. Por eso entonces podemos decir es tan malo robar como heredar lo robado.

§ 69. *Sobre la herencia institucional del pecado del robo*

El doctor Fares, un mendocino comprovinciano mío, me decía: “Hay tres orígenes de la propiedad: 1) *El trabajo*, por eso tengo bienes; 2) *el robo*, como hicieron los piratas ingleses o los europeos modernos y tengo por ello propiedad; 3) *la herencia*. Estas dos últimas son equívocos orígenes de la riqueza, el único que es válido es el primero”. Lo que poseo por mi trabajo es válidamente tenido, pero, esto es siempre poco, porque si tengo mucho es que lo robé a alguien aún sin tener conciencia y después lo heredarán mis hijos, y mis hijos heredan así también el pecado originario.

¿Cómo se hereda el pecado originario? ¿Por un misterioso conducto? No. La madre dice al hijo que no se junte con el niño del vecino porque es “un mugriento” y además puede tener alguna enfermedad; y viene un compañero en el colegio y le pide una goma para borrar y se le dice: “Tú no debes prestar la goma porque te la van a robar”. El niño se totaliza sin saberlo, es una simple herencia del pecado originario. Cuando el chico llega a la edad de su libertad, que es cuando nacemos en verdad a los trece o catorce años, nos damos cuenta que hemos sido muchas veces Caín que hemos matado a muchos Abeles sin que lo supiéramos, porque nos educaron así. El pecado originario se transmite por la constitución ontológica del ser en el proceso educativo. Cuando el chico nace en su primer día de vida extrauterina no está en el Reino pero tampoco está condenado. El hombre está en potencia, pero en su adolescencia ya está dentro del *reino del pecado* por la transmisión de la cultura en las instituciones de injusticia.

Ustedes me dirán: “¿No es esto acaso Rousseau?”. Rousseau era en esto católico; era contrario a Calvino cuando dijo: “El hombre no nace ni bueno, ni malo, sino que las instituciones lo hacen malo”. Tenía una cierta razón, era aproximadamente lo que la Biblia llama el *pecado del mundo*. El pecado del mundo es el pecado de la *carne*, y el pecado de la carne se transmite también por la educa-

ción cultural. El niño de quince años, hijo de un aristócrata, de un oligarca que desprecia a los pobres y se abre camino en la vida simplemente para ser rico, ese niño tiene un pecado y es solidario de todas las muertes de Abel. Caín es el gerente del Maligno y el Maligno mismo.

“Padre nuestro... libéranos del Maligno”, “no nos dejes caer en la tentación”. Esta es la cuestión, libéranos de ser solidario del *príncipe de este mundo*, de entrar con conciencia y voluntad en las estructuras de dominación del hombre. ¡Libéranos!

Cuando un pobre obrero explotado llega a su casa y le pega a su mujer, él también es pecador en cuanto es dominador de su mujer. A pesar de que ese obrero es justo con respecto a los que lo dominan en su fábrica, es pecador con respecto a los que no tienen culpa alguna, como su mujer y su hijo, y a los que castiga cuando está borracho.

Ustedes ven qué difícil es no ser injusto en algún nivel. Cuando somos injustos en ese preciso nivel es cuando somos partícipes del sistema instalado en la historia por *príncipes de este mundo*.

Esta es la primera tesis que quería proponerles: el pecado originario del sistema mundial vigente ha sido primeramente la dominación colonial; este es el primer pecado, todos los demás pecados del sistema son herederos de él. Los mayores pecados son los que pasan más desapercibidos.

Y ésta es la manera por la que el demonio está presente en *la historia real*. Nadie ya cree en él. Lo que necesita el demonio es que nadie crea en él. Pero lo que pasa es, además, que quizá lo situamos mal; lo situamos a nivel de la conciencia interior e individual en donde me tienta sexualmente, por ejemplo. No es que esto no tenga importancia, pero tiene muy poca, porque las *grandes tentaciones* en la que uno cae cotidianamente son las es-

estructuras políticas y culturales de pecado. Es decir, ha habido una privatización del sentido del pecado. Los pecados son exclusivamente individuales, pero los grandes pecados históricos y comunitarios de la humanidad se le pasan desapercibidos a todos. Es así como puede reinar el *Príncipe de este mundo*.